

LOBINGER, F. (2010). *El Altar vacío. Un libro ilustrado para debatir sobre la falta de curas*. Barcelona: Herder.

LOBINGER, F. (2010). *Equipos de ministros ordenados. Una solución para la eucaristía en las comunidades*. Barcelona: Herder. (Traducción: Emilia Robles).

Estos dos libros arrancan de una doble preocupación: la escasez de curas y la repercusión inmediata que esta carencia tiene en la imposibilidad de que muchas comunidades celebren la eucaristía dominical; y la necesidad de no permanecer pasivos ante este grave problema eclesial, de buscar y preparar pistas de solución para el mismo. El discurso de ambos libros no nos orienta a rezar a Dios pidiéndole vocaciones; sino, más bien, a buscarlas y a prepararlas en el seno de las comunidades de creyentes. Su autor, obispo emérito de una diócesis de Sudáfrica, doctor en Misionología, con más de cinco décadas de experiencia pastoral en África. La traducción debemos agradecerérsela a Emilia Robles.

En ambos libros se parte no solamente de esas constataciones anteriormente reseñadas (escasez de curas, comunidades sin eucaristía, presencia de líderes que podrían ser ordenados...); sino, al mismo tiempo, de un valioso estudio en torno a los ministerios eclesiales en la Iglesia primitiva y su posible y legítima aplicación a las circunstancias actuales. Para estos trabajos de fundamentación teológica se cuenta con dos especialistas: Juan Antonio Estrada realiza una introducción al "*libro ilustrado para debatir sobre la falta de curas*"; y Antonio José de Almeida, un interesante análisis y resumen sobre la propuesta de Lobinger: *equipos de ministros ordenados*. El contenido global de ambos libros pertenece, en cierta medida, a los tres: Lobinger, Estrada y Almeida, reconociendo el protagonismo del primero.

La propuesta del autor es valiente y busca expresamente no romper la unidad ni generar un problema muy a tener en cuenta, cual podría ser que su propuesta fuera interpretada como una forma de orillar o minusvalorar el estilo y la forma de vida de los actuales presbíteros. "Lobinger propone la ordenación presbiteral de equipos litúrgicos en las comunidades, allí donde la comunidad pueda mostrar un alto grado de vida comunitaria, sobre todo una rica experiencia de práctica ministerial no ordenada, y esté, evidentemente, abierta y en comunión con la Iglesia diocesana y con la Iglesia universal" (Almeida: 146).

También se enfrenta con lo que podríamos considerar como soluciones incompletas o que no abordan el fondo del problema. Excluye, de entrada, el tan repetido recurso a que, cuando una comunidad no tiene cura, supla esa ausencia con una celebración de la Palabra. Piensa igualmente que de poco sirve continuar centrando todos los esfuerzos en campañas de promoción de vocaciones. El recurso a distribuir los curas procedentes de países o zonas donde



sobran a otros lugares donde escasean, está viciado de raíz pues retorna a unas cuestionables ordenaciones universalistas frente a la autonomía y la plenitud eclesial de cada iglesia local. Tampoco le parecen soluciones acertadas la implantación del diaconado permanente, la delegación de tareas en laicos y laicas o la ordenación de hombres creyentes de contrastada valía (*virī probatī*). Todas ellas quedan encuadradas en lo que llama soluciones *tradicionales, reformistas* o *pragmáticas*: se esperan soluciones externas a la propia comunidad; y no parten de una fundamental valoración de la mayoría de edad de la comunidad de creyentes que realmente lo sea: su capacidad de vivir-celebrar la fe y generar-elegir correctamente a quienes deben desempeñar los diferentes ministerios o servicios necesarios, incluido el presbiteral.

Para Lobinger, la solución no debe venir ni de la repetición ,con ligeros retoques o variantes, ni de la supresión del modelo actual: cura célibe, preparado fuera, con una vida diferente que le coloca por encima de la comunidad a que sirve. Propone dos modelos de presbíteros, “uno, en la línea de los curas actuales y otro que se fundamente en personas casadas, miembros locales de cada comunidad, que desempeñarían su ministerio a tiempo parcial, dado que tienen una profesión y una familia”. Se realza el papel del grupo primero como “formador de los segundos”, pero siempre “desde una concepción colegial de los ministerios” y desde el principio de que “cada comunidad local tenga sus propios ministros ordenados” (Estrada, 10).

Y defiende la necesidad de un nuevo término para designarlos. Cree conveniente que esa forma de llamarlos no contenga la palabra sacerdote: se trata de dos tareas, dos formas diferentes de servir a la comunidad, sin connotaciones sagradas. Y uno de los retos fundamentales será no clericalizarlos: para lo cual considera imprescindible que se trate de un equipo, que vivan una vida normal y que su remuneración quede asegurada por su trabajo. Las características de los componentes de estos equipos aclaran suficientemente cómo los concibe: con conciencia misionera, no cultural; miembros de la comunidad, elegidos por ella, con una profesión civil, con dedicación a tiempo parcial; solteros o casados pero con posibilidad real de testimoniar con su vida los valores cristianos relativos a la afectividad y a la sexualidad...

Y es claro en el desarrollo del libro que el autor no espera a que un concilio o una decisión vaticana lo autorice o proponga: para Lobinger, es urgente iniciar esta apuesta; no debemos esperar. “Ordenar a los líderes locales no es un favor especial, es nuestro deber.... Lo ideal es que cada comunidad cristiana tenga su propio equipo de ministros ordenados” (101. 102).

La urgencia del problema, sin embargo, no lleva al autor a generalizar esta apuesta. Es consciente de que no todas las comunidades están preparadas. Aunque se puede comenzar con proyectos piloto no definitivos, sometidos a análisis y a retoques. Algunas exigencias -dada la polisemia de la palabra comunidad- que deberían tener las comunidades que se adentraran por este camino: experiencia del encuentro con Cristo, consistencia y autoconciencia eclesial;



comuni3n, carismas y ministerios; participaci3n, relaciones personales y corresponsabilidad; acogida y compromiso por ser comunidades alternativas... Tampoco considera que todas las di3cesis est3n preparadas: una mayor3a de los creyentes deber3a valorar que cada comunidad tenga sus propios ministros; deber3a haber equipos de laicos suficientemente sensibles y formados; la formaci3n de estos equipos habr3a de ser continua e implicar profundamente al cura que los atiende; la di3cesis deber3a tener la conciencia del problema de fondo y de la necesidad de darle soluciones...

Dos libros, por tanto, interesantes por venir de un obispo de dilatada experiencia pastoral, por abrir cauces diferentes a las respuestas repetidas con inercia o pasividad y por respetar algunas de las grandes intuiciones de las comunidades de base repartidas por todo el mundo. Tambi3n, por proponer una did3ctica concreta y sencilla que puede dinamizar y dirigir el debate sobre un problema eclesial como el que nos trae entre manos: no s3lo la escasez de curas, sino tambi3n -y sobre todo- el tipo de comunidad y de iglesia que est3 reflejado en la forma en que se aborde. Una gran parte de esta propuesta se encuentra enmarcada en una eclesiolog3a similar a la que Moceop promueve e intenta poner en pr3ctica desde hace mucho tiempo.

Ram3n Alario

